

C U E N T O S S I N C O R O N A

para adolescentes



los virtuales

AUTORA: MIREYA TABUAS

FOTOGRAFÍA: FRANCISCO ARMADA

Los virtuales

Para Mayi,
porque esta historia también es un poco de ella

Soy rara. No me parezco a nadie que conozco. Tengo 15 años y soy la única del salón (y yo creo que de todo el país) que no ha tenido novio. Ni siquiera en preescolar. Y el beso con Rubén a los cinco años bajo la mesa, en casa de mi madrina, no cuenta. Soy bastante callada y siempre me siento en primera fila. No sé bailar ni voy a fiestas. Soy malísima para los deportes. Y escribo poesía. Si yo no fuera yo, seguramente no sería amiga mía. No tengo gracia ni estilo ni belleza.

Pero tengo un don.

Y por ese don, que poco a poco han ido descubriendo, todos están empezando a buscarme. Bueno, en realidad, no me buscan a mí, la buscan a ella, a La Celestina, o sea, a mi otro yo, o sea, a mi avatar, o sea, a ni nick, o sea, a la persona que me inventé para que viva por mí en Internet.

Pero hay que explicar cómo fue que empezó eso del don. Todo fue culpa de Rossana. Rossana era mi mejor amiga el año pasado y un día me contó que estaba enamorada de Santiago. Yo no entendía qué podía verle a Santiago. Él estaba todo el día presumiendo de ser un galán y sólo salía con las muchachas de 5to año, aunque él estaba en 3ero con nosotras. ¿Y por qué? Bueno, porque Santiago ya ha repetido dos años de bachillerato y ya casi es mayor de edad y con sus músculos y esa sonrisa y sus frases siempre de doble intención, pues tiene locas a todas las chicas del planeta Tierra. Me preocupaba Rossana, que no sabía mucho de la vida, que sólo había tenido un novio en su edificio y que veía esas películas que siempre terminan con una boda. Ella era de esas que buscan el príncipe azul, comen chocolate de dieta y se afeitan las piernas a escondidas de su mamá.

El Encuentro, así en mayúsculas, empezó por el chat. Rossana no se atrevía a agregar a Santiago, la verdad es que yo tampoco, pero como a mí no me gustaba él, me daba menos pena. Además no era yo, en realidad, la que lo iba a agregar. Era otra, era ella. Mi personaje inventado. Yo debía buscarme un nombre de batalla, como los superhéroes que admiraba cuando estaba chiquita. Entonces me acordé de la obra de teatro que leímos en clase de Castellano: *La Celestina* y el nombre me pareció ideal, porque además todos los de mi salón o se sabían leído la obra o al menos habían buscado el resumen por *Google*. Para los que no tengan a Benítez como profesor de Castellano (a él muchos lo odian porque nos manda a leer como veinticinco libros al año, pero a mí me encanta), *La Celestina* cuenta la historia de un enamorado, Calisto, que busca a una vieja bruja y prostituta para acercarse a su amada, Melibea. Y ésta, con sus artes, logra unirlos. Yo no soy bruja (aunque hoy parezca, con esta espinilla al centro de mi nariz), ni mucho menos prostituta (mi mamá me mata si ve que escribí esa palabra), pero sí tengo un arte. El arte de la palabra. El arte de escribir bien. El arte de convencer. Y aquí estoy ante mi computadora, con mi nuevo nick y mi propósito: Que Santiago se fije en Rossana. No voy a hablar de mis trucos, no me vayan a salir imitadores, puedo decir que poco a poco fui llevando a Santiago hacia los brazos de mi amiga. Primero le hablé de esa muchacha especial que lo amaba y no le dije quién era. El, orgulloso y soberbio (¡No sé cómo a ella le gusta ese ser!), se hizo el importante, el que estaba acostumbrado a enamorarlas a todas. Sin embargo le entró la curiosidad. Poco a poco le fui hablando de las cualidades de ella. De esos ojos enormes y brillantes. De esa capacidad de echar chistes que de verdad sí hacen reír (claro, eso cuando vence la timidez). De ese ritmo al bailar tambor (claro, eso cuando agarra confianza). De esa paciencia y ternura con su hermanito de preescolar. De esos labios gruesos. De esas piernas morenas. El empezó a mirarla. Pero entonces le hice celarla. Le aseguré que si no se apuraba, Colmenares se le iba a adelantar. Que se fijara cómo la miraba Colmenares, que siempre se sentaba al lado de ella en clase (en realidad él lo hacía para copiarse en los exámenes). Así que Santiago Sánchez no resistió más y un día en el recreo y ante la sorpresa de Rossana Pacheco, le pidió el empate. Y se olvidó de las de quinto año al menos por varios meses. Hasta que un día –pero eso es otra historia– Rossana volvió con aquel novio que una vez tuvo en su edificio. Y después Santiago fue nuevamente a consulta con *La Celestina* porque le gustaba una muchacha que estaba a punto de graduarse. Pero de él –y su fanatismo amoroso– no voy a seguir hablando aquí.

Total, que esa fue mi primera acción como La Celestina. Y con ella comenzó mi fama, porque todo el mundo quiso saber cómo dos personas tan distintas como Santiago y Rossana se hicieron novios. Después, siguieron Calzadilla y Sabrina Campos. Esta vez fue Sabrina la que recibió los consejos para que se fijara en ese muchacho de lentes que casi no hablaba en clase. Le hablé de su secreto: tocaba la guitarra eléctrica. Y un día armé el encuentro a solas y él le tocó una canción de *Guns and Roses* que a ella le encanta y estuvieron hablando del grupo porque los dos eran fanáticos. Y ahora ella, que tiene vocación de manager, le está organizando una banda.

Más adelante, tocó el turno de unir a Ricardo Díaz y Lorena Méndez. Los dos se gustaban desde que estaban como en primer año de bachillerato, pero ninguno se atrevía a decírselo al otro. Entonces yo, chateaba al mismo tiempo con los dos y les enviaba versiones cambiadas de lo que cada uno me estaba diciendo. Al final logré convencerlos de que yo estaba de más. Y sé que comenzaron a chatear y no supe qué más se dijeron. Sólo sé que al día siguiente andaban besándose en todos los rincones del patio de recreo.

Mi fama aumentó más y más. Todo el mundo requería de mis servicios. En realidad, no de los míos, sino de los de La Celestina. A estas alturas ya se había corrido el rumor de que yo, Marina, la "sabelotodo" que se sienta en primera fila, podía ser La Celestina, pero quizás para no romper la magia, y porque todo el mundo deseaba que esa bruja misteriosa (que ya sabía demasiados secretos) fuese alguien fuera del salón, nadie me preguntaba nada.

Gracias a mí se enamoraron José Damiano y Margarita Pérez, aunque él estudiaba en la sección A y ella en la sección B. Se volvieron a hacer novios Irene Iglesias y Jesús Urbina, que se habían peleado desde segundo año. Y El Chino se fijó en Susana, cuando supo, gracias a mí, que era una apasionada del juego Counter Strike y la mejor de las jugadoras. Se unieron Carla y Manuel; Jiménez y Mariela; y hasta Raúl y Pedro (pero ese fue un secreto entre ellos y La Celestina). Si el éxito seguía así, el próximo año, para la graduación, iba a convertir en parejas a los sesenta estudiantes de la promoción.

Faltaba yo, eso sí. Pero por ética profesional, las Celestinas no nos enamoramos. Entonces entró al chat Emiliano Casas a pedirme ayuda. En realidad, a pedirle ayuda a La Celestina. Aunque él fue mi mejor amigo en primaria, estábamos un poco alejados porque estudiábamos en dos secciones diferentes: él en la B y yo en la A. Por supuesto, nunca le había dicho mi secreto. Emiliano le confesó a la Celestina que estaba enamorado de una muchacha de mi salón. Enseguida supe que era Manuela Rial, porque la describía como "rara y diferente". Manuela tenía la piel muy blanca y ojeras, se parecía a esos personajes de las películas de Tim Burton, como una muerta viviente. Le gustaban las historias de misterio, todo lo veía oscuro y decía que el mundo era una mierda. Por eso nos llevábamos bien este último año. Cada vez yo me parecía menos a Rossana, envuelta en su mundo de películas de final feliz, depilaciones y estrenos de ropa.

Manuela y yo nos habíamos hecho muy amigas en los últimos meses porque de algún modo éramos del grupo de los raros, como también lo era Emiliano. Manuela se sentía distinta a todo el salón y quería hacerse un tatuaje. Emiliano hablaba poco y definitivamente era diferente a todos los muchachos del B. Él tampoco había tenido novia, al menos que yo supiera, y siempre parecía metido en su propio mundo de estrellas y constelaciones.

Pero a Manuela no le gustaba Emiliano. A Manuela le gustaba un muchacho de otro país, que conoció en el chat, que era fanático de la misma serie de televisión que ella, y a quién juraba iría a visitar cuando fuese mayor de edad. Yo tenía que convencerla de que Emiliano era perfecto, así, con su cinismo ante los profesores nuevos, con su dispersión y esa sensación de que un día se iba a ir volando con los extraterrestres de tal obsesión que tenía con la astronomía y los otros mundos. Cuando no hablaba de agujeros negros (y se refería a los del espacio, porque siempre había algún mal pensado que creía que estaba hablando de otra cosa), hablaba del Bing Bang y los orígenes del Universo. Era obsesivo, inteligente, loco y buen amigo. Por los consejos de la Celestina, que le dijo que estuviera más cerca de su enamorada, empezó a reunirse con Manuela y conmigo en el recreo. Simplemente

nos sentábamos a hablar de nuestras rarezas. Manuela con sus historias de fantasmas siempre tomaba la palabra, él rara vez hablaba de sus descubrimientos interestelares. Yo prefería oírlos, guardarme para mí mis poemas. A lo mejor, cuando ellos dos fueran novios cambiaba todo. Pero en fin, la Celestina no podía detenerse en esos detalles. No podía pensar en mí misma. Debía dejar a un lado mi egoísmo. Claro, me molestaba pensar lo que pasaría cuando se hicieran novios, yo iba a sobrar en el recreo.

De todos modos, aquí estoy, ante la computadora y con el chat abierto. A un lado Manuela, al otro Emiliano. Yo le hablo a ella de él y le digo que siempre se sentirá entre las estrellas. Ella se burla, dice que prefiere aterrizar en la Tierra, que el cielo no es más que una mentira para los que quieren tener esperanzas. A él le hablo de ella, sin nombrarla, le digo que se acerque a sus ojos y que seguro verá entera la Vía Láctea. Insisto con Manuela y le digo que con él verá el mundo como si estuviera en un cohete, que será su cometa y ella su galaxia completa. Ella responde que no le interesa el infinito, y que se acaba de conectar el muchacho que vive en otro país y que cuando se encuentren se harán un tatuaje en el hombro con la figura de un dragón. Me bloquea.

Y entonces me quedo a solas con Emiliano, que me habla de la Osa Mayor y me describe la composición del suelo de Marte y me asegura que mirar el rostro de esa muchacha vale más que los viajes a la Luna. A él se le ocurre entonces escribir un poema. Es un poema corto y torpe. Y yo le muestro otro que escribí, que no es de estrellas, sino de sombras. Y es tarde. Pero no importa. Queda el día siguiente, después de clase y el próximo y el próximo. Lo mejor es que en clases y en el recreo, seguimos siendo los mismos raros de siempre, los que hablan poco y no revelan nada de su otra vida de Internet. Y luego, ante la computadora, me aprendo cómo se llaman los satélites de Saturno y planificamos nombres nuevos para los astros diminutos que están más allá de Neptuno. Y, por iniciativa mía, hacemos una carta a la Organización Mundial de Astronomía para pedir que Plutón vuelva a ser considerado planeta. Y él escribe un poema malo. Y yo otro bueno. Y

voy posponiendo los otros casos, dejo esperando los otros enamorados que esperan por mi intermediación. Es demasiado divertido y ya hasta nos hemos olvidado de Manuela. Pero un día le pregunto por ella. Y él me dice que nunca estuvo enamorado de Manuela, que la amada es otra, la mejor amiga de ella, es decir, ésa con la que está chateando. Y yo le digo que no me siga diciendo más. Y él sabe por qué se lo digo. Ahora que la Celestina y la amada son la misma no sabemos qué pasará mañana, frente a frente, en el próximo recreo. Mejor seguimos siendo los virtuales.

Cuento incluido en la antología de cuentos venezolanos "*Cuentos sin palabrotas*", selección de Fedosy Santaella. Alfaguara, 2009

Actividades propuestas

- ¿Te atreves a escribirle un poema, una carta o un correo electrónico a esa persona muy especial?
- ¿Te atreves a enviárselo, en secreto, sin que sepa que eres tú?

CUENTOS SIN CORONA

Este es un proyecto sin fines de lucro que se propone la difusión online de literatura infantil y juvenil, para acompañar a los niños y adolescentes, y también a sus familias y escuelas, en tiempos de coronavirus.

Cada historia estará apoyada de propuestas de actividades complementarias a la lectura.

Textos e imágenes han sido donados por los autores para este proyecto exclusivamente.

Mayo 2020

Contacto:
mtabuas@gmail.com

Todos los cuentos del proyecto puede leerlos en
<http://www.mireyatabuas.com/cuentos-sin-corona/>